

Trabajo de Fin de Grado

Tutora: Laura Feliu

Introducción

La observación científica de cualquier fenómeno, susceptible de ser analizado en el campo de las relaciones internacionales, puede enmarcarse dentro del amplio abanico de paradigmas existentes en el ámbito académico de las RRII. A lo largo de las siguientes páginas se aborda una de las expresiones del fenómeno del fundamentalismo islámico como es el autodenominado Estado Islámico (ISIS) mediante una aproximación paradigmática de carácter estructuralista.

El estructuralismo: un paradigma valido para el análisis del ISIS

El estructuralismo, como paradigma de las RRII, se caracteriza fundamentalmente por su espíritu crítico delante del orden mundial existente y de las consecuencias que conlleva el mantenimiento del *status quo* a través de un sistema-mundo capitalista y jerarquizado. En este sentido, el estructuralismo considera que el mantra del libre mercado como regulador capaz de producir la convergencia total de intereses para el enorme y heterogéneo espectro de actores grupales que configuran el mundo es una utopía interesada. Por el contrario, este paradigma presenta al sistema-mundo contemporáneo como una superestructura que obedece a intereses de una parte muy concreta del sistema ya que “*una economía-mundo capitalista divide la producción en productos centrales y productos periféricos... en consecuencia, hay un flujo constante de plusvalía de los productores de productos periféricos hacia los productores centrales. Esto es lo que se ha denominado intercambio desigual. Ciertamente el intercambio desigual no es la única manera de transferir capital acumulado de regiones políticamente débiles a regiones políticamente fuertes. También existe el pillaje, usado ampliamente durante las primeras épocas de incorporación de nuevas regiones a la economía-mundo*

” (Wallerstein, 2005: 46).

La principal característica de la interacción en una estructura mundo jerárquica es la desigualdad, y, por consiguiente, el resultado es una divergencia en los intereses que casualmente siempre favorece a los actores que parten de una posición más elevada dentro de la escala jerárquica. Es decir, “*el mundo está integrado por naciones del centro y de la periferia; a su vez, cada una de ellas posee sus propios centros y periferia*” (Galtung, 1994: 298). Por otra parte, existe una rigidez funcional al no permitir la movilidad dentro de la escala jerárquica perpetuando la desigualdad entre naciones, y dentro de las propias, mediante un círculo vicioso caracterizado por la superioridad y la dominación. Lo cual da lugar a una serie de efectos secundarios como son el deseo de liberación, el resentimiento, el odio o la venganza de los dominados hacia los dominadores tanto de dentro como de fuera de cada nación.

Llegados a este punto, parece plausible encontrar una relación causal entre el surgimiento y consolidación de un fenómeno como el ISIS y el sustrato que proporciona la estructura de un sistema-mundo capitalista, donde el centro perpetúa su posición de dominación respecto a la periferia. Por lo tanto, es pertinente definir *la “desigualdad como una de las principales formas de violencia estructural. Toda teoría de liberación de la violencia estructural, presupone ideas adecuadas desde un punto de vista teórico y práctico en torno al sistema de predominio contra el cual se dirige la liberación; en este caso, el tipo especial de sistema de predominio que se coloca en la mesa de discusiones, es el imperialismo... se trata de un tipo sofisticado de relación de predominio que surca las naciones y que finca su sede en una cabeza de puente que el centro de la nación del centro establece en el centro de la nación de la periferia, para mutuo beneficio de las partes referidas”* (Galtung, 1994: 298).

El colonialismo occidental: factor clave en la aparición del fundamentalismo islámico

Históricamente, una de las manifestaciones más reveladoras de la existencia de una estructura mundial jerárquica ha sido el colonialismo europeo. De ahí se fraguaron buena parte de los cimientos que, posteriormente, dieron lugar a fenómenos como el nacionalismo árabe o el florecimiento de las diferentes expresiones del islamismo moderno. Resumiendo, el colonialismo europeo en el mundo árabe trajo consigo una serie de consecuencias. En el periodo de descolonización, propició la división del espacio territorial árabe- musulmán

mediante la exportación del modelo occidental, caracterizado por la fórmula estado-nación, a través de “*la construcción artificial del mapa geográfico de Oriente Medio, lo que acabará por condicionar el turbulento y traumático devenir histórico de todos los pueblos de esa región. Europa ignoraba así la idiosincrasia y los intereses legítimos de estas personas, creó elites superficiales de estos territorios, en los que ya empezaba a aflorar el petróleo... Los árabes, sin embargo, se sintieron traicionados y manipulados por los aliados, extendiéndose entre ellos un inmenso sentimiento de frustración y cólera, que iba a evidenciarse en las encarnizadas luchas posteriores por la independencia y la unidad, marcando el nacionalismo árabe hasta nuestros días*” (Romero, 2013: 184).

Es tal la impronta de tales acontecimientos que el ISIS se ha encargado, con gran astucia propagandística, de restituir los efectos del pasado colonial mediante actuaciones llenas de simbolismo como fue “*la proclamación del Califato y la puesta en escena de la abolición de la frontera entre Siria e Iraq, donde el EI adopta una agenda justiciera que pretende vengar la violación de las promesas hechas por los aliados después de la Primera Guerra Mundial. Este recurso a la larga duración histórica resuelve las limitaciones del proyecto yihadista en Iraq, en el arco de una especie de salida hacia arriba: se elige deliberadamente la regionalización y la internacionalización del conflicto, así como la construcción paralela de un estado transnacional*” (Luizard, 2015: 53).

El colonialismo en el mundo árabe de post primera guerra mundial trajo consigo la difusión de las bases teóricas y prácticas del capitalismo occidental a los territorios dominados. Sin embargo, era inviable que ese capitalismo, propio de un mundo dividido en naciones desarrolladas y no desarrolladas, proporcionase las mismas oportunidades a unos y a otros. Además, tampoco estaba demasiado por la labor de que existiese un reparto igualitario de los beneficios resultantes de las interacciones económicas llevadas a cabo entre las diferentes naciones o estados. Pero tal desigualdad, endémica, entre la metrópoli y la colonia no fue la única huella del capitalismo interestatal. Con el proceso de descolonización las antiguas metrópolis aseguraron la continuidad de dinámicas favorables a sus intereses mediante un neocolonialismo perverso; favoreciendo la instauración de regímenes autoritarios, amigos de occidente, pero déspotas y crueles con sus respectivos pueblos. De manera que, “*la penetración del capitalismo en los países musulmanes como parte de la periferia ha llevado a la preeminencia de una burguesía directiva cuyas fortunas están vinculadas en más de un sentido con el estado... cuando la modernización se tambaleo, fracasando en su intento de*

conseguir el prometido desarrollo económico, y en lugar de este se agravo aún más la alienación y dependencia de la sociedad, los grupos que previamente habían sido excluidos, a los que se les prometió lo que nunca se les dio, respondieron a la llamada de un sistema ideológico alternativo: el Islam” (Nazih, 1991: 299).

La conformación de un islamismo contemporáneo, en sí mismo, no debería explicar la aparición de un fenómeno de la envergadura del ISIS ya que este es una expresión extremista de una corriente amplia y diversa. Sin embargo, es evidente que la dinámica colonial contribuyó, en buena medida, para que ese islamismo naciera, floreciera y finalmente se radicalizara. Asimismo, la fractura del mundo islámico que llevó a la desintegración del antiguo imperio otomano a través de un proceso de colonización y posterior descolonización tuvo un gran impacto en el devenir de los acontecimientos actuales. En ese contexto, un factor trascendental fue la creación, deliberada, del estado de Israel que significó una humillación y una injusticia para el conjunto del mundo islámico.

El conflicto palestino-israelí tuvo consecuencias notables al hacer zozobrar los equilibrios de poder regionales; siendo un punto de inflexión que exaltó al islamismo como ideología y reavivó el enfrentamiento entre las dos facciones mayoritarias del islam en la pugna por la hegemonía del mundo musulmán: la sunita y la chiita visualizadas en la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán. Se podría decir que “*la era islámica se inició realmente después de la guerra árabe-israelí de octubre de 1973, con la victoria de Arabia saudí y de los demás estados exportadores de petróleo... Así pues, desde finales de la década de los setenta, los principales actores del movimiento islámista estaban presentes en la escena política de la mayor parte de los países musulmanes. También se les podía encontrar en el espacio regional donde Arabia Saudí, por una parte, y el Irán revolucionario, por otra, se enzarzaron en una lucha feroz por controlar el contenido que debía darse al propio islamismo*” (Kepel, 2000: 16-17). En este sentido, el ISIS se ha mostrado como un actor astuto que ha sabido sacar reedito del contexto geopolítico; caracterizado por la multiplicidad de vetos ejercidos entre las potencias regionales y sus respectivos aliados: Estados Unidos y Rusia principalmente; en la lucha por preservar el equilibrio de poder en la zona; generando una situación de bloqueo que, actualmente, evita la implementación y ejecución, por parte del conjunto de la comunidad internacional, de acciones político-militares concretas y efectivas, contra el avance territorial del ISIS.

Aunque parece evidente la existencia de causalidad producto de la injerencia externa es indispensable tener en cuenta que existe un componente interno en la progresiva islamización y posterior radicalización de amplias capas de la sociedad árabe. Es decir, los efectos perversos de la interacción centro-periferia en la estructura internacional tienen su extrapolación en la dinámica interna de cada nación de la periferia ya que las características de la jerarquía estructural también se reproducen dentro de los distintos estados árabes. Este aspecto se pone de manifiesto en las revueltas llevadas a cabo en la llamada primavera árabe donde se produjo un estallido de rabia, por parte de la población, contra un establishment deslegitimado tanto por su origen como por su trayectoria. La mayoría de regímenes árabes, considerados aliados de occidente, se caracterizan por *"la carencia de libertades políticas e individuales y un estado de corrupción generalizado. Suelen ser los principales motivos de reproche de la oposición islamista hacia sus respectivos gobernantes... los movimientos islamistas han creado, asimismo, una extensa red asistencial, que atiende las necesidades de la población con más eficacia que el propio estado... aprovechándose, además, del ambiente internacional predominante de guerra contra el terrorismo, el poder de turno ha reprimido firmemente tanto a la oposición islamista violenta como a la pacífica... sembrando la semilla del odio y el fanatismo, y han contribuido a radicalización de amplios sectores sociales, que han llegado a percibir el terrorismo como una vía legítima y adecuada para derrocar a la tiranía de turno... la existencia de grandes desigualdades estructurales en el reparto de las riquezas viene generando, asimismo, una profunda división de la mayoría de las sociedades árabe-musulmanas, y, en consecuencia, una progresiva radicalización, sobre todo, de los sectores más débiles y desprotegidas de sus poblaciones respectivas"* (Romero, 2013: 187).

Delante del descontento generalizado de la sociedad musulmana respecto a las tiranías prooccidentales el ISIS ha sabido aprovechar perfectamente tal realidad con un doble objetivo: captar integrantes a su causa y aumentar su legitimidad moral para así ganarse la confianza de las poblaciones en los territorios que están bajo su control. De esta forma *"más que de sus propios recursos, el EI saca su fuerza y su vitalidad de la debilidad de sus oponentes y del desmoronamiento de las Instituciones existentes. Este largo proceso de deslegitimación y descomposición de los Estados árabes tiene sus raíces en una génesis defectiva desde el origen"* (Luizard, 2015: 57). Ese déficit de legitimidad, que erosiona las distintas autocracias árabes, ha venido acompañada por una creciente revalorización de un referente alternativo al estado-nación: el islamismo en forma de un gran Califato. En este sentido, el ISIS ha generado

simpatías y ha ganado apoyos al configurarse como un muro de contención que ejerce una resistencia activa delante de los efectos que produce la globalización, en términos de homogenización cultural, que el mundo occidental pretende impulsar de forma implícita. De manera que el fundamentalismo utiliza la doctrina islámica como señuelo para capitalizar las corrientes islamistas contra la globalización cultural occidental y la jerarquía del sistema-mundo capitalista, y, así postularse, en el nombre del islam, como líder supremo de la causa islámica. De esta forma, el ISIS se comporta como un verdadero estratega; dejando en evidencia las debilidades morales de los estados árabes, tachados de apostatas, a sabiendas que *"el islam puede servir como arma efectiva contra la dependencia cultural que a menudo resulta de las políticas de occidentalización que varios gobernantes de Oriente Próximo intentaban hacer pasar por políticas de desarrollo"* (Nazih, 1991: 302).

El imperialismo estadounidense: elemento causal en la conformación del ISIS

La era de la globalización ha comportado un cambio de enorme envergadura en las interrelaciones de la extensa y variada amalgama de actores existentes que operan en la escena internacional. Por tanto, las diferentes expresiones ideológico-religiosas del islamismo no son una excepción a esta etapa ya que desde un prisma fundamentalista *"el mundo musulmán se halla inmerso dentro de una guerra asimétrica donde es imprescindible adoptar las tácticas propias de aquellos que se ven desprovistos del poderío militar del adversario... Se trataría de un terrorismo bueno practicado en términos de autodefensa contra la opresión y la tiranía; y un terrorismo malo, como el llevado a cabo por EEUU a lo largo del mundo, cuyo único objetivo es someter a las poblaciones que pretende explotar"* (Torres, 2009: 88). Ciertamente, el ISIS recorre un camino paralelo al proceso de globalización: las nuevas tecnologías de la información son una herramienta valiosísima para la propaganda, captación y establecimiento de redes. Sin embargo, el fundamentalismo rechaza y pretende combatir la multiculturalidad que la acompaña siendo esta una de sus razones de ser.

Sin obviar la relevancia del impacto que ha tenido la injerencia occidental en la conformación del fundamentalismo islámico, es evidente, que para que una organización como el ISIS crezca y florezca necesita una serie de nutrientes y condicionantes que el sistema mundo jerárquico y capitalista de post guerra fría, liderado por los Estados Unidos de América como superpotencia

hegemónica, han ofrecido a través de la “política neo imperialista norteamericana, los déficits del modelo de relaciones internacionales vigente, y las nefastas consecuencias que, sobre todo para los territorios periféricos subdesarrollados, está conllevando la era de la globalización, que han propiciado unos niveles de terror inusitados” (Romero, 2013: 194). Del mismo modo, a menudo, la lucha contra el terror se enmarca en un debate dialectico, con tintes positivistas, que pretende presentar la realidad en términos de buenos y malos o de acción-reacción en aras de imponer una particular cosmovisión, y, ganar así, la batalla de legitimidad de las propias acciones y la inmoralidad de las ajenas. Realmente, tal pretensión, suele ser una falacia interesada delante de la imposibilidad de saber que fue antes ¿el huevo o la gallina? De ahí radica la importancia de las respuestas ante la barbarie y “si ante una acción terrorista se genera una acción desproporcionada... deriva en una acción terrorista la cual puede ir consiguiendo la legitimidad que en principio no tenía” (Bordas, 2006: 177). Asimismo, “*las acciones militares indiscriminadas pueden provocar historias personales de humillación, percepción generalizada de amenaza exogrupal y contextos geográficos inestables que van a dificultar que las personas cubran sus necesidades básicas y las va a hacer, por tanto, más vulnerables al riesgo de radicalización*” (Moyano, 2013: 161).

El sistema-mundo jerárquico de post-guerra fría, con los Estados Unidos de América a la cabeza, se ha encargado de controlar los recursos energéticos del planeta, especialmente el petróleo, fortaleciendo las alianzas con los estados árabes exportadores de petróleo obedientes con al sistema. Por el contrario, ha castigado mediante sanciones a los que han pretendido desmarcarse del orden establecido: el Irak de Saddam Hussein es un claro ejemplo de la política imperialista basada en un régimen de sanciones que debilitó al país hasta el punto de dejarlo totalmente indefenso para la posterior invasión (Thabit, 2008: 94).

EEUU pese a ser el máximo exponente del liberalismo económico a nivel mundial, se ha comportado, paradójicamente, como un intervencionista empedernido en la escena internacional desestabilizando “el mercado” y causando efectos secundarios imprevisibles con cada una de sus acciones militares. De hecho, la respuesta estadounidense al 11S, con la controvertida invasión de Iraq, y, sobretodo, con la adopción de decisiones posteriores como la disolución del ejército iraquí y la entrega del poder institucional a la comunidad chií que dio lugar a un cruento conflicto sectario; creando las condiciones perfectas para el surgimiento de distintos movimientos fundamentalistas que con el tiempo han ido evolucionando hasta llegar a ser lo que hoy conocemos como ISIS. De manera que un movimiento, de inicio, basado en

milicias poco especializadas, consiguió llegar a su máximo esplendor, a efectos de control territorial: gracias a la integración del desarticulado ejército suní de Irak. Este hecho se produjo “durante el encarcelamiento de los cuadros del ISIS que crearon lazos con antiguos cuadros del partido Baaz (pilar del régimen de Saddam Hussein) y con oficiales del ejército y de la inteligencia militar iraquí que habían militado en otros grupos insurgentes. Aunque los baazistas y los yihadistas habían tenido un pasado antagónico. La invasión norteamericana y la posterior llegada al poder de los chiíes colocaron a ambos en la misma trinchera... La captación de esos cuadros especializados, muchos de los cuales se integraron en la estructura de mando y control del ISI, tuvo una enorme importancia conforme el ISI se transformaba de nuevo en una insurgencia con capacidad paramilitar” (Jordan, 2015: 119).

No obstante, pese a la existencia de paralelismos causales en el contagio de la vecina Siria, existen singularidades propias. En el caso Iraquí el ISIS ha sacado provecho del revanchismo y la exclusión chií hacia los sunnitas, y por consiguiente, del descredito de las nuevas autoridades del estado, especialmente del ejército, el cual está corroído por la corrupción y el clientelismo. En cambio, el ISIS goza de cierta popularidad entre los sunnitas ya que “no se impone a la población local como una fuerza de ocupación extranjera o percibida como tal. Su estrategia es muy diferente, y en cada ciudad conquistada, se apoya en la restitución del poder a actores locales: jefes tribales, notables barriales, líderes religiosos sunnitas y antiguos oficiales del ejército de Saddam Hussein, a quienes se les confía la responsabilidad de la gestión de la ciudad bajo una serie de condiciones... esta transferencia de poder satisface las aspiraciones de los actores locales que percibirán al ejercito de Bagdad al servicio del gobierno del chiita Nuri al Maliki como un verdadero ejército de ocupación” (Luizard, 2015: 50). En efecto, gran parte del éxito del ISIS proviene de la legitimidad moral que le otorga el Califato como solución al desorden existente en la región; mostrándose como el “único actor que posee el monopolio del uso legítimo de la violencia dentro de sus fronteras, los yihadistas del EI pretenden desplegar todas sus funciones y competencias estatales en los territorios conquistados, simulando así un orden en medio del caos” (Chicharro, 2015: 6).

Conclusión

La naturaleza del sistema-mundo jerárquico-capitalista, en forma de colonialismo, neocolonialismo e imperialismo occidental, ha tenido un potente impacto casuístico en la formulación del islamismo contemporáneo y de sus expresiones fundamentalistas. El ISIS es una consecuencia evolutiva a tal dinámica que se alimenta, principalmente, de la desigualdad socioeconómica y los déficits de legitimidad en el ejercicio del poder que produce el sistema desde su origen.

Bibliografía

- Bordas, J. (2006) *El terrorismo yihadista en la Sociedad calidoscópica: Aproximación criminológica al nuevo terrorismo del siglo XXI*. Madrid: Edisofer
- Chicharro, A. (2015) "Respuesta internacional al desafío de la estrategia mediática del estado islámico", *Revista electrónica de estudios internacionales*, 29, pp. 1-28
- Damin, C. (2015) "Surgimento e trajetoria Do Estado Islamico", *Meridiano* 47, vol.16, núm.148, pp. 34-40
- Galtung, J. (1994) "Teoría estructural del imperialismo" a Vazquez, J. *Relaciones Internacionales. El pensamiento de los clásicos*. Mexico: Luisma-Noriega ed
- Hasan, M. (2015) "How Islamic is Islamic State?", *New Statesman*, vol.144, núm.5252, pp 26-31
- Jenkins, J. (2015) "The Islamist zero hour: How should the West respond to the barbarism of Isis?", *New Statesman*, pp 26-33
- Jordán, J. (2015) "El Daesh", *Cuadernos de estrategia*, núm173, pp. 100-145
- Keohane, R.O. y Nye, J.S. (1988) *Poder e interdependencia: La política mundial en transición*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano
- Kepel, G. (2000) *La yihad: Expansión y declive del islamismo*. Barcelona: Ediciones Península
- Luizard, P, (2015) "La emergencia del Estado Islámico: Claves geopolíticas, historia y clivajes confesionales", *Nueva Sociedad*, núm. 257, pp 48-63
- Morgenthau, H.J. (1990) *Escritos sobre política internacional*. Madrid: Editorial Tecnos
- Moyano, M. y Trujillo, H. (2013) *Radicalización islamista y terrorismo: Claves psicosociales*. Granada: Universidad de Granada

- Nazih, A. (1991) *El islam político: teorías, tradición y rupturas*. Barcelona: Ediciones Bellaterra
- Romero, J. y Troyano, Y. (2013) "Las raíces socioestructurales del terrorismo fundamentalista islámico", *Convergencia-Revista de Ciencias Sociales*, vol. 20, núm. 62, pp. 181-198
- Thabit, A. J. A. (2008) *Dictadura, imperialismo y caos: Iraq desde 1989*. Barcelona: Intermón Oxfam
- Torres, M. R. (2009) *El eco del Terror: Ideología y propaganda en el terrorismo yihadista*. Madrid: Plaza y Valdés Editores
- Wallerstein, I. (2005) *Analisis del Sistema-Mundo*, Mexico: Siglo XXI Editores, [“El sistema-mundo moderno como economía-mundo capitalista: producción, plusvalía y polarización” (p.40-63)]